

cabezas. Hay que rendirse a la triste evidencia: en cuatro años, el doctor Khan ha comprado suficiente material en todo el mundo como para poder construir la centrifugadora que permitirá al Pakistán enriquecer el uranio necesario para la fabricación de la bomba.

Pero un problema continúa sin resolverse: ¿de dónde procede el uranio natural? La respuesta llega de modo fortuito: gracias a un vulgar accidente de carretera. Hace tres meses, un camión que transporta veinte toneladas de uranio concentrado deja la estación minera de Arlit, en Níger, y desaparece entre la Naturaleza... Tras largas investigaciones, lo encuentran volcado en un foso, a ciento cincuenta kilómetros de la frontera libia. Vacío. Conclusión del SDECE: los libios robaron el uranio. Conclusión desmentida, sin embargo, tres días después por la Cogema (filial del Comisariado para la Energía Atómica) y por el propio Níger; la carga no había sido robada; se trataba de un simple accidente; el uranio estaba destinado a Libia, país al cual Níger ha vendido durante los últimos años doscientas cincuenta y ocho toneladas de ese metal, del mismo modo que ha vendido cuatrocientas toneladas al Pakistán.

Esta revelación es recibida con auténtico estupor en el extranjero. Según una investigación del "Canard Enchaîné", las minas de uranio de Níger, explotadas por un consorcio internacional, el SOMAIR, están controladas por los franceses, que poseen un 47 por 100 de las acciones, frente al 35 por 100 correspondientes a los nigerianos; mientras que Italia y Alemania poseen cada una un 6 por 100. La Cogema, cuyo director —también director financiero del CEA— es Jacques Giscard d'Estaing (primo hermano de Valéry), es la que proporciona los técnicos e ingenieros que explotan el uranio, y son también camiones franceses, pertenecientes —¡oh, ironía!— al grupo Rothschild, los que lo transportan a Libia y otros países. Francia no puede, pues, ignorar en ningún caso las ventas que sus socios del Níger realizan —legalmente, por otro lado, pues se trata de la parte que les corresponde por derecho de su producción minera— a países de los que se sabe que preparan la bomba.

Si, como parece verosímil, Libia, que no posee ninguna central nuclear, cede su uranio al Pakistán, este país tiene hoy con qué fabricar bastantes bombas, islámicas o no. ■ © TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur", 1980.

E L catastrofismo y el ánimo apocalíptico nos inundan todos los 31 de diciembre, por la mala costumbre del calendario de terminar y empezar otra vez, pero se hacen particularmente agudos, insistentes y ridículos cuando cambiamos de década, y ni qué decir, además, si nos toca cambiar de siglo. Es como si se pensara oscuramente que hay números mágicos, fuerzas subterráneas en los finales o si por el exorcismo de presagiar lo peor, se creyera que se lo ahuyenta. De esta manera, periódicos, revistas, libros, oráculos, adivinos, brujos más o menos patentados, locutores y hasta beneméritos ancianos se sienten en la obligación moral de advertirnos acerca de los riesgos que corremos en la década que se inicia, en el siglo que termina. No es una moda nueva, inventada por los medios de comunicación, como el travoltismo: los griegos auscultaban las entrañas de los animalés, consultaban a sus dioses, esperaban señales.

El Cid interpreta como augurio positivo la presencia de la corneja. Desde entonces, a los sufridos vivientes (que no hemos elegido ni la época, ni el país, ni la clase social, ni el trabajo, muchas veces, ni siquiera la casa en que vivimos) nos colman de presagios, a cada cambio de década, a cada fin de año. Y todas estas premoniciones parecen regirse por una misma generalización: todo tiempo pasado fue mejor. La consecuencia muchas veces subconsciente de este fenómeno es un revival decadente, de dudoso gusto, cuando no grotesco, y al que le falta hasta el excitante de la perversidad. Nos inundan con biografías de actores y actrices viejos, cuyas fotos de juventud parecen esos retratos de familia empolvados y amarillentos que ocupan las páginas de álbumes olvidados. Refugiarse en el pasado es una tendencia paralizadora, angustiosa y casi siempre mistificadora; un recurso emocional, no una fórmula de vida, sino de muerte. Un pasado, para colmo, que nadie puede afirmar racionalmente que haya sido, en efecto, mejor. ¿De qué se experimenta nostalgia? La Europa de la crisis del petróleo, o sea, la de nuestros días, ¿es acaso peor que la de 1914,

1939, es peor que la de hace dos siglos? Esto sin tomar en cuenta el ombliguismo europeo, centralista, aquel que podría expresarse bajo esta fórmula: cuando Europa tiembla es el mundo el que puede dejar de existir. Ni Europa ni Estados Unidos son el mundo, aunque formen parte de él, y una parte importante. En cuanto a la crisis, es hora de decir que el mundo ha estado siempre en crisis, como el hombre, y este no es un consuelo de tontos, sino una comprobación hasta cierto punto satisfactoria: la crisis es una filosofía, una forma de vivir, y no

de las peores. Frente a la indiferencia, al pasotismo colectivos, la crisis, con sus contradicciones, sus oscuridades e iluminaciones, es una prueba de vida. Sólo la muerte no está en crisis. Ni vivimos en el mejor de los mundos posibles, como quería hacernos creer el optimismo europeo del siglo XVIII, ni en el peor de los posibles, como le gusta proponer a una reacción decadente, nostálgica, paralizadora.

Los problemas, las contradicciones, el absurdo, están presentes, en 1980, como en 1950, 1810 y desde siempre. La vida es dinámica, produce conflictos, parece solucionar otros y el hombre tropieza con la misma piedra y una y otra vez, con esta pequeña precisión: nunca se trata, a ciencia cierta, del mismo hombre, ni siquiera, de la misma piedra, aunque lo parezcan.

Un peligro constante es el reduccionismo: el mundo es Europa, Europa es Europa Occidental, todo tiempo pasado fue mejor, la vida es la nuestra, los prójimos son los otros, los malos son los demás. Reducciones catastrofistas, simplificaciones y banalidades con las que podemos divagar sin consecuencias, convencidos de que el final del mundo sobrevendrá próximamente, por lo cual nada de lo que hagamos importa. ¿No será esto lo que pretende oscuramente toda esta seudofilosofía apocalíptica?

Noé metió una pareja de cada especie en el arca, y esperó a que parara de llover. Nosotros, en lugar de confeccionar un arconcito individual o colectivo (yo y mi familia: o sea, el mundo, reducción frecuente), intentaríamos que dejaran de llovernos las cosas que no nos interesa padecer. ■

1980

DEL APOCALIPSIS QUE NO SOBREVENDRA

CRISTINA PERI ROSSI